

PRISIONEROS DE COLOR

En esta sección *ISLAS* brinda a sus lectores el testimonio excepcional de las víctimas del sistema penitenciario de Cuba. Por estas páginas pasaron las historias de muchos afrodescendientes que han tenido que enfrentar el desprecio por la dignidad, la integridad humana y la justicia en el sistema carcelario cubano. Ahora se ofrecen, en la voz de sus protagonistas, nuevas particularidades y detalles de una tragedia que, tantas veces sumida en el silencio, ha marcado con dolor y trauma a miles de familias cubanas.

En el abismo del dolor I

Guillermo Ordoñez Lizama

Secretario ejecutivo del *Observatorio Ciudadano*
contra la Discriminación (OCD)

Periodista independiente

La Habana, Cuba

Mi adolescencia fue truncada y traumatizada por la arbitrariedad inapelable de un sistema judicial que, con el apellido de revolucionario, destruye vidas y pisotea los derechos y la dignidad de los seres humanos, muchas veces ante el silencio o la indiferencia de observadores e interlocutores internacionales. Aquel día en que, sin motivo ni explicación, fui arrancado de las calles, de mi familia, del deporte y de mis sueños juveniles, me asomé incrédulo y estremecido a la cara triste y verdadera de una realidad muy diferente a la que dibujan los discursos y la bien diseñada propaganda del gobierno cubano.

Rompen las primeras horas de una mañana invernal, caracterizada por la fría llovizna y una humedad que cala los huesos. El miedo penetra más profundo en el alma, he de entrar para siempre en un mundo que me es totalmente desconocido, ajeno a la realidad imaginable. Las cosas negativas también suelen parecer milagros; contarlas como sucedieron parece mentira, pero no hay nada mas parecido a la mentira que el milagro.

Quince años de vida acuchillada por la efervescencia de la revolución: “Seremos como el Che” y otras consignas, “las oportunidades” y cuanto más teníamos que agradecer “los negros” a la revolución, la prevención contra el “diversionismo ideológico” en nuestras acciones, las grandes masas de niños enardecidos y soñolientos llevados en camiones y sin seguridad para el trabajo voluntario, la construcción del combinado lácteo, llenar bolsitas de polietileno para el plan agrícola “Cordón de La Habana”, la ampliación del estadio del Cerro (hoy destruido) en una barrida donde jamás se erradicó la marihuana ni la prostitución. Juventud marcada por los largos e interminables discursos llenos de arengas “contra el enemigo” pronunciados por el ya octogenario máximo líder, que terminaban en la sentencia Patria o Muerte. Precisamente cuando debía comenzar a formar mi personalidad sobre la base de todo cuanto me fue inculcado obligatoriamente, encuentre una realidad que jamás fue descrita. No puedo hablar de frustración, pues quien no ha definido sus sueños no se frustra, sino que se pierde.



Guillermo Ordoñez Lizama (derecha) con el líder del Movimiento Cimarrón de Colombia, Juan de Dios Mosquera.

Quince años de edad tenía cuando ante mis ojos y para toda la vida se abrieron las puertas centenarias de la fortaleza de los Tres Reyes Magos del Morro. El chillido penetrante de los goznes de gigantescas rejas formadas por barrotes con un letrero rojo adornando los interminables muros blanqueados de cal. Hoy es centro de diversión y esparcimiento para turistas del mundo y para miles de cubanos, su saga y recuerdo de tristeza y dolor incurable.

Ruidos metálicos constantes, ajeteo de hombres vestidos de mezclilla azul, hileras de prisioneros hacia un lado y otro, hormigueo de caras oscuras, silenciosas, sonidos ininteligibles que salían de algunas de esas bocas y que a duras penas comprendí se dirigían hacia quienes habíamos acabado de ingresar en su mundo. Nada alentador para quien se sabía inocente total del delito de hurto imputado por la Policía Nacional Revolucionaria.

El clásico: ¡Oye tú, el nuevo, ¿de dónde tú eres? Y después el silencio, pues no cono-

ces a nadie de tu zona que se supone tengas que conocer ¿Cómo puedes llegar de la nada a la meca de su submundo, a la capital de los marginados? Todo a mi alrededor sigue siendo confuso y siempre a equis distancia. La figura de un sargento gordo, desaliñado, con una bayoneta en la mano, dirigiéndose a unos de los que dirigían a otros que nos dirigían o nos empujaban hacia distintos túneles enrejados, con filas interminables de literas de tres pisos, enrarecidas, con figuras humanas muy distintas a la imagen asumida del hombre normal.

La entrada brumosa a mis primeros años convertido en un cubo de tripas, al cual contaban como mínimo dos veces a diario, mi llegada al mundo de las no personas ¿Cómo imaginar esta ciudad de niebla sobre la ciudad de luz?

Sonidos nuevos regalados a mis sentidos auditivos, todo un mundo impreciso donde no podía permitirme una lagrima por lo extraño de mi nueva condición. De repente, un fajo de

ropa inmensa, tosca, mal oliente en mis manos: ¡Arriba, dale, pasa por aquí, que hay que pasarte el jeep! Y alguien que me indica que debo sentarme en un sillón improvisado de barbería, donde otro reo cumple los menesteres del oficio de barbero con desgano y sin estilo. A lo lejos la sombra gomosa del guardia gordo, que parecía tener una soberbia autoridad en aquel lugar de terror y miseria humana

Acto seguido una gran confusión, corren desaforados todos a la vez hacia una dirección y un hombre queda aislado en medio de aquel espacio. Por su cuerpo chorrea, desde su cabeza, un líquido mal oliente con heces fecales y se sienten gritos ofensivos. El corpulento guardia se desplaza con agilidad extraordinaria, interfiere, retiene aquella confusión; de su cara macilenta centellean unos ojitos azules impresionantes. El caos, más o menos, adquiere un orden.

Eleuterio Sánchez Reina, sargento sancionado por los sucesos de la fuga del Castillo del Príncipe, también conocido como Cárcel de La Habana, clásico carcelero corrupto, abusador, conocedor de cuanta patraña se desenvolvía entre esos muros. Eleuterio Sánchez Reina, con su estela de sátrapas, cual cola de cometas siguiendo y manipulando cuanto se desarrollaba en esa población penal, déspota, deshumanizado esbirro vestido de verde olivo, uniforme símbolo de tristeza.

A gritos y empujones entramos un grupo por un túnel numerado con el 6. Una luz amarillenta tenue, que emite un bombillo incandescente a casi 5 metros del suelo, es todo el alumbrado de este lugar. El sargento se dirige a uno de los reos que estaban en la puerta: ¡Oye, Pancho, recibe! El aludido personaje, negro, de baja estatura, con el uniforme almidonado y brillante, nos indica donde debemos pararnos.

Después de entrar en aquella galera adornada con una réplica del yate *Granma* en cartulina y lemas alegóricos a la revolución, Pancho el Enano nos pone en conocimiento de las reglas del juego. Este ente oscuro, personificador de un Fouché tropical, hombre marcado desde su niñez por reformatorios, fruto del degradante sistema de reeducación penitenciaria y de los barrios marginales que no erradicó el proceso revolucionario, es un “mandante” acaudillado por años, apoyado por clases y soldados del Ministerio del Interior (MININT). El séquito del Enano nos indica hacia donde ir poniéndonos a cada uno entre las manos un pliego enrollado de lona burda y fétida. Caminamos entre dos interminables hileras de literas de tres secciones o pisos, atiborradas de hombres famélicos, desnutridos, tan asustados como nosotros, pero habituados a lo triste de la situación a la que perteneceríamos a partir de ese momento.

6 de enero de 1977, 5:20 pm, Regalo de Reyes. El Castillo del Morro cierra como centro penitenciario, inframundo dirigido por militares indolentes abusadores de su cargo, ante indefensos reclusos doblegados y sumidos en condiciones de cubos de tripas, malolientes, plagados de parásitos, forzados a la ley del más fuerte, inocentes o no, todos culpables, corriendo la misma suerte.

Éramos más de 400 menores de 21 años bajo una llovizna pertinaz. Fuimos trasladados hacia la prisión de La Cabaña, otro tétrico lugar. Militares mal uniformados nos escoltan con armas largas; los apoyan hileras interminables de militares tan jóvenes como nosotros, víctimas del Servicio Militar Obligatorio.

Primer Teniente Ferreiro, Teniente Argota, Sargento Villafaña, Sargento Eleuterio Sánchez, Sargento Fermín. Chacales que en su inconmensurable sed de soberbia y despotismo nos sometían a los más crueles martirios sin lí-



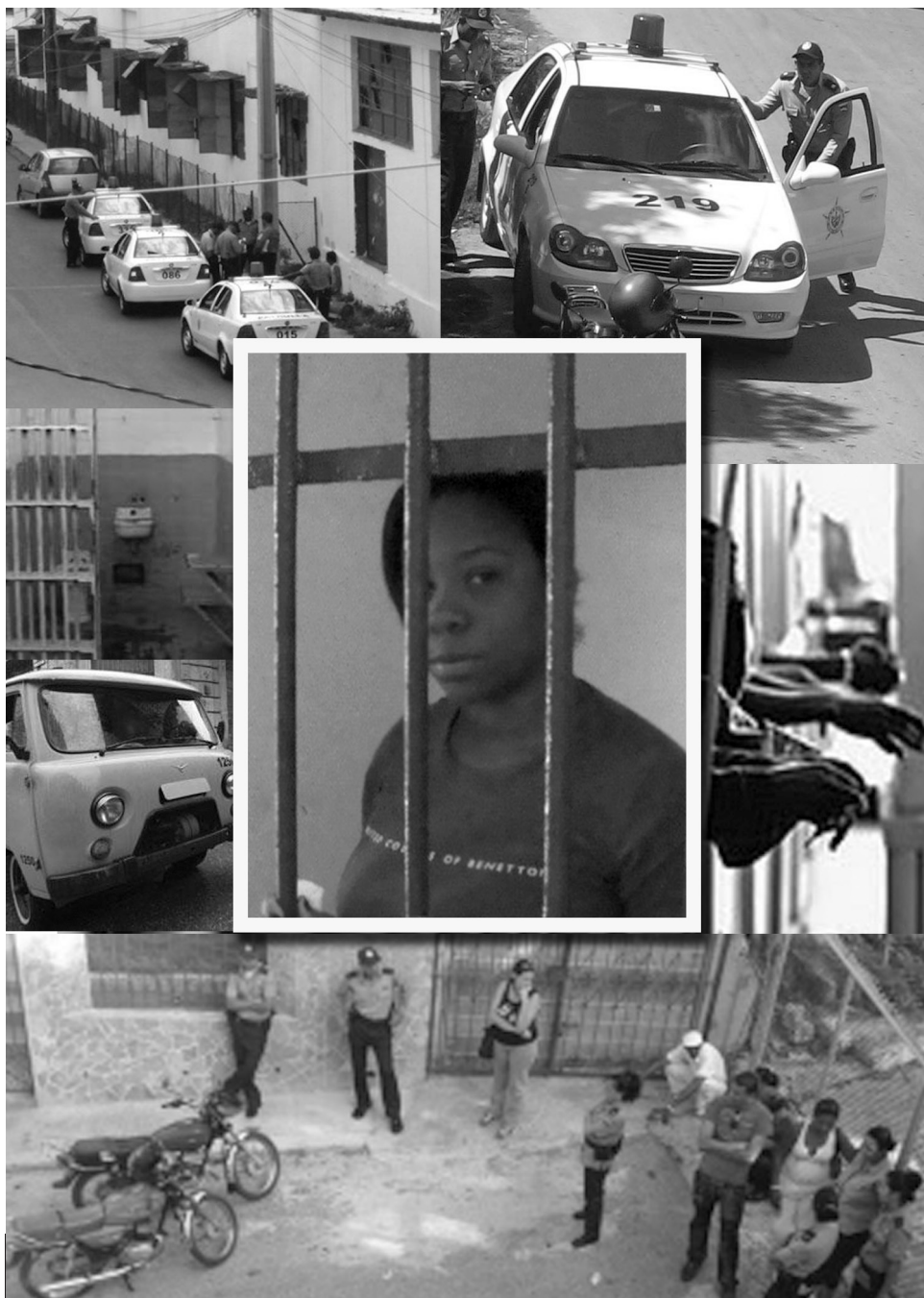
Mientras varios activistas del Comité Ciudadanos por la Integración Racial, eran arrestados para impedir su participación en el acto convocado por la Cofradía de la Negritud, el 20 de mayo de 2012, para conmemorar el centenario del inicio del alzamiento armado del Partido Independiente de Color (PIC), Guillermo Ordóñez Lizama secretario ejecutivo del Observatorio Ciudadanos contra la Discriminación, quien pudo llegar al lugar, tomó la palabra para denunciar en el acto la escalada represiva y reafirmar el compromiso de los luchadores antirracistas cubanos con los ideales promovidos hace un siglo por los líderes y miembros del PIC.

mites, conocedores de cuanta violación sexual se cometían en las galeras en las cuales debían ejercer un control eficaz y exhaustivo, para la reeducación de cuantos allí éramos hacinados.

Eleuterio Sánchez Reina con su cuerpo macilento, a quien solo le interesaba la llegada del rancho que debía alimentarnos, para husmear, con sus ojillos azules, perdidos en el rostro regordete, los bullones y ver cuanto podía llevar a sus fauces. El Teniente reeducador Argota, poco interesado en su cargo, impostor revolucionario, mentiroso incorregible, se alimentaba enviándonos a celdas de castigos, sucias, infectadas de ratas, carárganos, chinchas, cucarachas. Cuán poco le importaba la vida de un hombre lo prueba más de una segada por su propia decisión. El Sargento

Villafañá, carcelero inescrupuloso, ladrón de pertenencias, quien fue visto en más de una ocasión con artículos ajenos que nunca fueron entregados a sus verdaderos dueños tras recibirlos de familiares sacrificados.

La historia de esta y otras prisiones está viva, sigue aquí, llorando a pleno grito, a limpio pulmón, por ser contada; la historia anda de la mano de hombres marcados con secuelas imborrables, que no dejarán jamás desmentirlas. Lo vivido es dantesco, pero real, son fantasmas atormentadores que surgen al presente de cada uno de los que logramos conservar la vida y, sin quedar mentalmente desquiciados, arrastramos las esquivas de otros de los errores de la revolución que hoy continúa repitiéndose.



Eleanor Calvo Martínez tras las rejas, por asistir a la conmemoración del centenario de la protesta armada (20 de mayo de 1912) del *Partido Independiente de Color*, que exigió el reconocimiento de sus derechos ciudadanos.